

Contextos materiales de desigualdad social en el valle de Ambato, Catamarca, Argentina, entre los siglos VII y X d.C.

Andrés G. LAGUENS

Museo de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)
laguens@ffyh.unc.edu.ar

Recibido: 29 de marzo de 2006

Aceptado: 4 de septiembre de 2006

RESUMEN

En el valle de Ambato, Catamarca, Argentina, hacia el siglo VII d.C. se registra arqueológicamente una configuración social en torno al mantenimiento de desigualdades entre las personas, sustentada por mecanismos y estructuras de diferenciación y de heterogeneidad en diversas esferas, tanto materiales como inmateriales. Se analizan la dimensión espacial de las prácticas sociales y el acceso diferenciado a la cultura material, la tecnología cerámica y la economía de recursos, con el fin de resolver en términos de registro arqueológico, cuáles son los factores participantes en un sistema social diferenciado. Se propone que el volumen de recursos manejados es un factor clave en la diferenciación entre las personas, siendo el espacio y los contextos construidos los recursos de mayor peso en la materialización de la desigualdad social.

Palabras clave: Sociedades complejas, desigualdad social, Andes, Argentina

Material contexts of social inequality at the Valle de Ambato, Catamarca, Argentina, between 7th and 10th centuries A.D.

ABSTRACT

In the Valle de Ambato, Catamarca, Argentina, at 7th century A.D. it is registered a new social configuration held around the maintenance of inequalities among people, sustained by structures and mechanisms of differentiation and heterogeneity acting at diverse material and nonmaterial spheres. This paper examines the spatial dimension of social practices and the differential access to material culture, ceramic technology and to environmental exploitation, in order to solve in terms of the archaeological record which were the main components taking part in a social differentiated system, as well as their relationships and change. It is proposed that the volume of managed resources was a key factor in stating differences between people, being the built environment and the space the most important resources in the material realms of social inequality.

Key words: Complex societies, social inequality, Andes, Argentina.

Sumario: 1. Introducción. 2. La cultura de La Aguada y la desigualdad social. 3. Aguada en Ambato. 4. El espacio construido. 5. Distribución de bienes cerámicos. 6. Las personas y el trabajo. 7. La economía de recursos. 8. Consideraciones finales. 9. Referencias bibliográficas.

1. Introducción

En las últimas décadas, las investigaciones arqueológicas en el sector de los Andes meridionales en Argentina han permitido detectar una secuencia de cambios hacia organizaciones cada vez más complejas y diferenciadas, con manifestaciones regionales particulares en distintos ámbitos geográficos. Uno de estos comprende un amplio sector de tres provincias del Noroeste argentino que, durante el Período de Integración Regional (*ca.* s. III d.C. hasta el s. XI o XII, según la región), fue habitado por grupos conocidos como «Cultura Aguada» (véase, entre otros, Callegari *et*

al. 2000; González 1961-64, 1998; Gordillo 1994; Heredia 1998; Kriscautzky 2000; Kriscautzky y Togo 2000; Manasse 2000; Pérez y Heredia 1987; Sempé 1998). Particularmente en el valle de Ambato, en la provincia de Catamarca (Figura 1), se registra hasta ahora su manifestación más antigua (Bonnin y Laguens 1997: 82).

Se puede afirmar que ya para el siglo V d.C. esta sociedad se presenta como una nueva forma de vida, distinta a otras anteriores, alcanzando todos los ámbitos sociales y configurándose como una organización en torno a la diversificación de los roles sociales, el mantenimiento de desigualdades económicas y políticas, la intensificación del uso y explotación del ambiente, junto con un aumento en la diversidad de la cultura material y en la cantidad de habitantes, concentrados en varias aldeas. Creemos interesante indagar sobre las características de esta configuración social y el modo en que la cultura material participó y se la hizo intervenir en el mismo. En particular, en Ambato, estamos intentando en la actualidad reconstruir, desde la cultura material y distintas vías de análisis, los factores sociales, económicos y simbólicos que convergieron en esta nueva configuración social (Pérez Gollán *et al.* 2000: 115).

2. La cultura de La Aguada y la desigualdad social

Este estudio toma a la cultura de La Aguada de los Andes de Argentina como caso de análisis, particularmente su manifestación en el Valle de Ambato, donde más tempranamente se habría concretado este estilo de vida (Figura 1). Nos preguntamos cuáles son los componentes intervinientes y sus interrelaciones en una organización caracterizada por la diferenciación social, desde un análisis centrado en lo material y sus múltiples interacciones.

Esta cultura fue conocida desde fines del siglo XIX a través de manifestaciones aisladas (Lafone Quevedo 1892, 1908) y, desde el primer cuarto del siglo XX, abundantes hallazgos en cementerios aumentaron su conocimiento, a partir de lo cual recibió distintas denominaciones, tales como Cultura Draconiana (Boman y Greslebin 1923), por su estilo decorativo de felinos rampantes y seres fantásticos semejantes a dragones o saurios, o bien Civilización de los Barreales (Debendetti 1931: 11), por las características de sus zonas de hallazgo. Pero fue Alberto Rex González quien por primera vez definió su contexto (González 1955: 5) y la caracterizó como una entidad cultural propia (González 1961-64: 209), diferenciándola de otras anteriores.

Su área de dispersión abarca un extenso territorio en tres provincias andinas de Argentina, con diversas variantes regionales, donde entre los años 500 y 1000 d.C. alcanza su máxima expansión. En este período se distinguirían al menos tres etapas: una de formación, una de auge y otra final (González 1998: 280). Su elemento más distintivo ha sido siempre la cerámica, de muy buena calidad artesanal, siendo la más característica aquella de color negro con finas incisiones (Figura 2), con un repertorio iconográfico alrededor de lo que González ha llamado el «complejo felínico» (González 1972): representaciones de personajes de raigambre andina, como el de los dos cetros, el de las manos vacías, el sacrificador, el personaje antropo-felí-

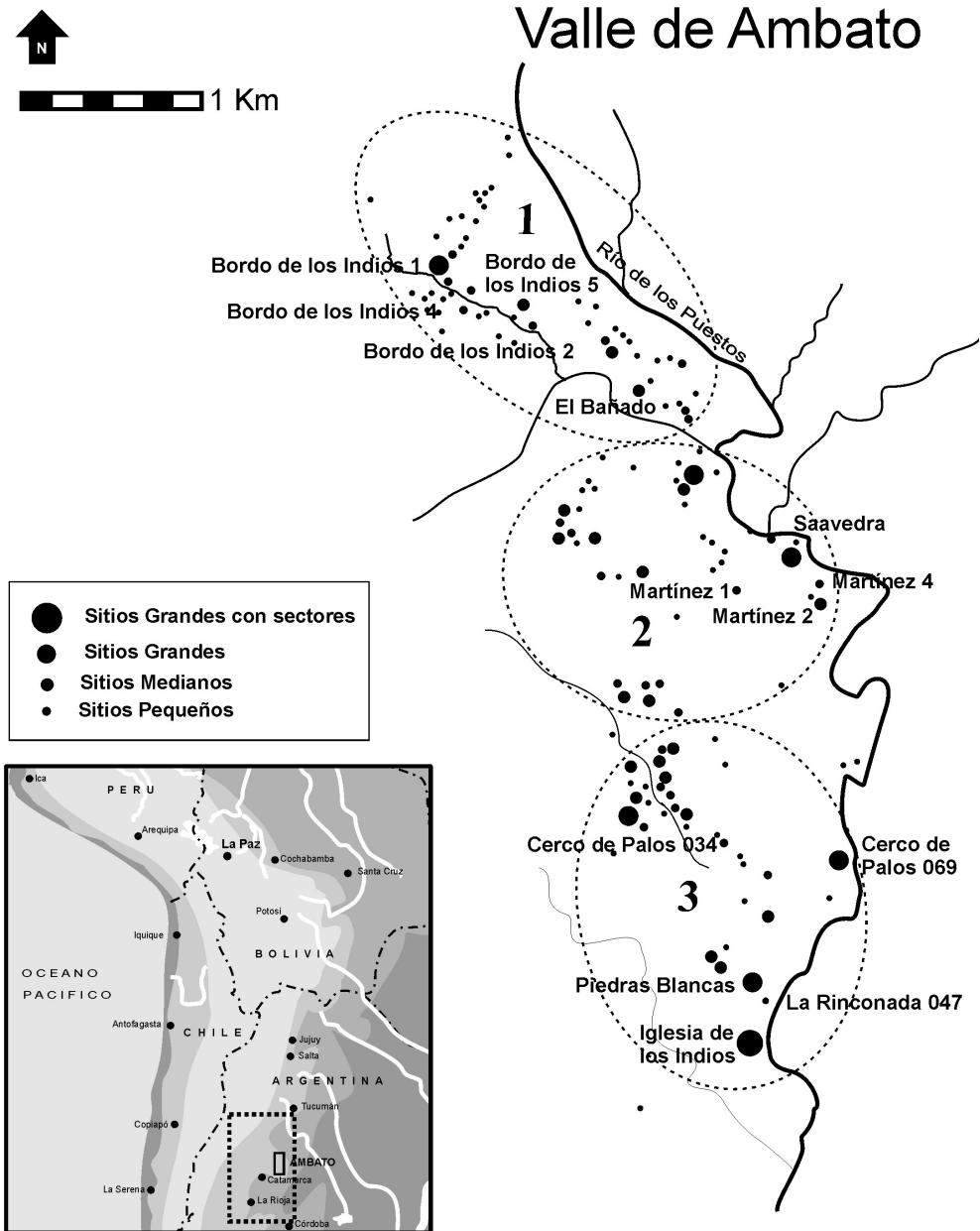
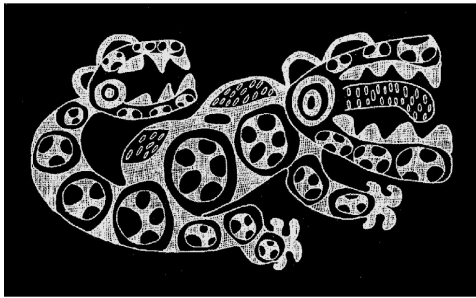
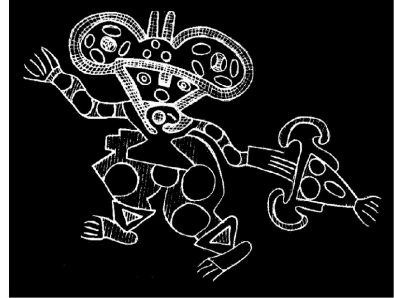


Figura 1: Valle de Ambato: se señala el agrupamiento de los asentamientos en tres unidades de tipo aldeanas y la ubicación relativa del área de estudio y del área de dispersión de la cultura Aguada

nico, el de nariz prominente y figuras ofídicas-felínicas (González 1998: 317). Estas representaciones se hallan también en otros estilos cerámicos, artefactos en hueso, cestas, tejidos y metal. Particularmente la metalurgia del bronce logró en Aguada



(A)



(B)



(C)



(D)



(E)



(F)

Esc. aprox.:  10 cm

Figura 2: Ejemplos del estilo decorativo característico de la alfarería Aguada Negro Gris incisa del Valle de Ambato. A - D: decoración incisa sobre escudillas; E - F: vasos antropomorfos. Procedencias: (A) Sitio 2 Saavedra, (B) Los Varela, (C) Saavedra, (D) Bordo de los Indios. [(A), (B) y (C) Colección Rosso, (D) Colección Museo de Antropología, UNC, (E) Colección Museo de la Plata, tomado de González 1998; (F) Colección particular, tomado de González 1998. Dibujos de Mario Simpson.]

importantes desarrollos (González 1998: 95), que no sólo incluyeron herramientas sino también hachas ceremoniales, placas y pectorales elaborados mediante la técnica de la cera perdida.

En toda la iconografía se puede reconocer una antigua tradición religiosa andina, la del *Punchao*, el señor del día o el sol, representado también como el felino o *uturuncu*, y asociada con otros dos elementos de importancia: el culto a los antepasados y el uso de alucinógenos (Pérez Gollán 1991, 1994, 1995). La religión logra en Aguada un despliegue público no conocido con anterioridad en la región, en tanto se construyen centros ceremoniales en forma de U, con amplias plazas y montículos escalonados (Gordillo 1994; Pérez y Heredia 1987; González 1998).

La vinculación de Aguada con sociedades andinas ha sido señalada tempranamente (Uhle 1912, González 1961-1964), tanto con culturas del Formativo como del Horizonte Medio; son notables las similitudes iconográficas con Pucara, Chiripa y con el estilo Yayamama en el Altiplano, con Recuay en la Sierra, y existen similitudes conceptuales en lo ideológico con Chavín, Paracas y, fundamentalmente, Tiwanaku (González, 1998: 268). Aunque su relación no sería directa (Laguens y Pérez Gollán 2000: 83), en San Pedro de Atacama, en el Norte de Chile, elementos Aguada y Tiwanaku convergen en un área de interacción de alta importancia en este momento de desarrollo de los Andes del Sur.

Las manifestaciones Aguada en otras zonas (véase, por ejemplo, Callegari *et al.* 2000; Kriscautzky y Togo 2000; Manasse 2000; Sempé 1998) permiten sostener en conjunto que Aguada fue una sociedad más heterogénea que otras que la antecedieron en el mismo lugar, con una organización que marcaba y mantenía diferencias entre sus componentes, en la cual la intensificación de la economía, la diversificación de los roles sociales y una desigualdad relativa entre la gente, configuraron tramas de relaciones entre las personas, las cosas y su mundo inéditas hasta entonces. Sin duda, con ello se generaron nuevas dimensiones sociales y materiales que, estructuradas en nuevos conjuntos de recursos, participaron en nuevas prácticas y estrategias sociales totalmente diferentes a las conocidas con anterioridad. En breve, se puede decir que con Aguada por primera vez se alcanzan en esta región de Argentina formas de organización complejas no conocidas con anterioridad.

3. Aguada en Ambato

En el valle de Ambato, Aguada se caracterizó por una economía centrada en el cultivo en sistemas hidroagrícolas en las laderas y fondo del valle, complementada con recolección, caza y ganadería. El área de captación de recursos cubría zonas ecológicas a más de un día de distancia, desde el Este selvático, la zona de maderas, productos tropicales y alucinógenos, al Oeste altiplánico, la zona de camélidos y tubérculos de altura. La producción artesanal denota cierta especialización y estandarización, con diferencias en la inversión de trabajo (Laguens y Juez 2001; Fabra 2005). Junto con estas manifestaciones se detecta un incremento de la población y una marcada construcción cultural del espacio, con un patrón residencial complejo y diferenciado por la densidad y variedad de sitios domésticos y públicos, la monumentalidad

dad en las edificaciones y la construcción de obras de infraestructura (Assandri 2001; Caro 2002).

En el sector central del Valle de Ambato se registra la mayor densidad de ocupación, con 292 sitios relevados hasta el año 2002, que incluyen diversas clases de unidades de asentamiento y construcciones ceremoniales. Se trata de sitios de tierra y piedra, con techos de madera, barro y paja, combinados en diferentes morfologías. Los muros eran de tapia o tierra apisonada levemente húmeda, reforzada por columnas de piedras y, en ocasiones, con revestimientos de lajas o paramentos de pirca (Caro 2002, Gordillo 1994). La unidad básica de construcción es un recinto cuadrangular que, repetido en combinaciones lineales o agregado en estructuras complejas, forma distintas clases de sitios, cuyos rasgos más distintivos son su tamaño y complejidad de diseño. En todos los sitios se registran una serie de actividades básicas relacionadas con la subsistencia, como cocción de alimentos y almacenamiento, consumo de camélidos silvestres y domesticados, así como actividades de tipo artesanal, como manufactura cerámica (Assandri 1991, Juez 1991), metalúrgicas y de hilado, a los que se suman actividades rituales o religiosas de escala doméstica, con sectores de ofrendas humanas y animales (Juez 1991), sacrificios humanos fundacionales, o entierros dentro de las habitaciones.

Hay algunos sitios residenciales, de superficies extensas, con dos o más patios, alrededor de los cuales se distribuyen los recintos, donde los patios llegan a ocupar dos tercios del total del sitio. Allí los muros presentan aditamentos ornamentales, con revoque y pintura roja, revestimientos de piedras especiales, de lajas seleccionadas o canteadas sin función estructural. Son también los sitios con mayor abundancia de cerámica de estilo Aguada, lo cual permite suponer que se trate de unidades residenciales especiales.

Existe una serie de sitios que, además de estas funciones, suman otras que superan la escala doméstica, en las que participarían grupos más extensos, con grandes espacios abiertos o plazas, delimitadas por la planta en U de sus construcciones, con montículos escalonados a la manera de pirámides, de entre 6 y 8 m de alto, tal como los sitios Iglesia de los Indios (González 1998, Gordillo 1994, Heredia 1998), Bordo de los Indios (Heredia 1998) y Huañumil (Laguens y Bonnin 2005). En el caso del primero se han encontrado restos humanos sacrificados y quemados (González 1998, Heredia 1998) y en el Bordo de los Indios una gama extensa de cerámica especial en el montículo escalonado.

En este contexto, nos preguntábamos cómo analizar la desigualdad desde lo material, intentando descubrir cuáles son los componentes y factores participantes, así como sus interrelaciones y configuraciones. Para ello, decidimos partir primero de un ámbito espacial abarcador, trabajando luego a escala mayor elementos materiales relacionados con la producción tecnológica, el trabajo y la economía de recursos.

4. El espacio construido

Concebimos el espacio arqueológico como un paisaje, en tanto que espacio dotado de significación cultural o producto social. Siguiendo a Criado Boado (1999: 6),

es una conjunción de tres tipos de elementos: una dimensión física o matriz ambiental de la acción humana, una dimensión construida del espacio o el entorno social donde se ejecutan las relaciones entre las personas y los grupos de personas, y una dimensión simbólica, el de las categorizaciones y representaciones.

Diversas orientaciones sobre el tema del espacio en sociedades jerarquizadas han centrado sus análisis en alguna de estas dimensiones, desde aproximaciones geográficas (Clarke 1977, Parsons 1971), ecológicas (Binford 1982), económicas (Johnson 1977), arquitectónicas (Moore 1996), conductuales (Blanton 1994), estructuralistas (Ferguson 1996, Dawson 2002) y de perspectivas interpretativas del paisaje (Ingold 1993, Bender 2002, Gosden 1989, Thomas 1993). En estos casos, las formas de organización política fueron vinculadas con distintos modos de entendimiento del espacio, centrándose casi exclusivamente en una de aquellas tres dimensiones como si fuera representante del espacio total (Criado Boado 1999).

En nuestro caso de estudio optamos en esta etapa por centrarnos en la dimensión social del espacio, para lo cual analizamos el espacio de asentamiento y las relaciones entre unidades constructivas, sin dejar de considerar sus relaciones con las otras dos. Esta escala espacial puede ser entendida como uno de los escenarios materiales de las diferentes prácticas e interacciones sociales. De este modo, tomamos a la región local como la unidad de análisis del paisaje social, en tanto marco de actividades y relaciones que trascienden aquellas propias de las unidades de habitación, las cuales incluye (Gosden 1989: 47).

Uno de los problemas que presenta esta estrategia de trabajo es encontrar una aproximación metodológica que capture la complejidad del espacio y sus dimensiones, y que sea epistemológicamente consistente. En esta etapa, optamos por una metodología locacional, utilizando técnicas de análisis de búsqueda de patrones a partir de la distribución y asociación de distintas clases de sitios, para luego analizarlos en términos de sus relaciones.

Partimos de una clasificación de los sitios, teniendo en cuenta su superficie, morfología y complejidad constructiva, definiéndose cuatro clases (Assandri 2001: 77-80) caracterizados en estos términos:

1) Unidades pequeñas (clase P): de un solo módulo dividido internamente en dos o tres recintos; de hasta 200 m² de superficie, de forma rectangular, cuadrangular o trapezoidal. Es la clase más numerosa, representada por sitios como Martínez 4 (Herrero y Avila 1991), La Rinconada 047 o Cerco de Palos 065.

2) Unidades medianas (clase M): estructuras compuestas por dos o tres módulos de base contiguos, con un espacio amplio adosado, de tipo patio o corral, abarcando una superficie que varía entre 230 m² y 500 m². Un sitio característico de este grupo es Martínez 1 (Assandri 1991).

3) Unidades grandes (clase G): dos componentes enfrentados, cada uno con subdivisiones compuestas por tres o más módulos y un espacio abierto o patio entre ambos componentes, o bien a un lado. La superficie ocupada varía entre 540 m² y 1.000 m². Un sitio representante de este grupo es Martínez 2 (Juez 1991).

4) Unidades muy grandes (clase MG): el módulo constructivo de base se repite formando estructuras complejas de distintas formas y tamaños, con módulos internos, adosados o no. Constituyen unidades muy grandes, a veces separadas en secto-

res cercanos (sub-categoría de sitios muy grandes con sectores, MGS). Las superficies oscilan entre los 1.000 m² hasta casi los 13.000 m², llegando hasta los 54.000 m² en los sitios con sectores. Esta clase corresponde a sitios como Iglesia de los Indios (Gordillo 1994), Bordo de los Indios, Huañumil (Laguens y Bonnin 2005), Piedras Blancas y Cerco de Palos 069 (Herrero y Avila 1993).

Estas cuatro clases de sitios se hallan en diferentes cantidades y distribuidas en diversas asociaciones y relaciones de proximidad en el fondo del valle. Con el fin de buscar algún patrón, se realizó un análisis de agrupamientos a partir del procedimiento *K-means* y luego, un análisis del Vecino Más Cercano para determinar el grado de ordenamiento interno de los grupos obtenidos. También se realizó un análisis de tamaño-rango a dos escalas: de todo el valle, para analizar el grado de integración, y de los agregados obtenidos con el *K-means*, para compararlos entre sí (Drennan y Peterson 2004) y lograr una aproximación al paisaje social y político (Savage y Falconer 2003).

Para el análisis de agrupamientos se utilizaron 139 sitios del sector medio del valle. Este método se ajusta al análisis de distribuciones espaciales a partir de coordenadas (Norte y Este) y va agrupando progresivamente los sitios de acuerdo con su distancia relativa, hasta alcanzar un nivel óptimo. Éste se identifica de modo gráfico y estadístico, a partir de un número teórico de agrupamientos posibles postulados a priori. Utilizamos para ello el programa KMEANS (Kintigh 1989), con el cual obtuvimos una solución óptima al nivel de 3 agrupamientos, nivel en el que se logró la mayor coherencia interna y el máximo aislamiento externo (Figura 1). Se observa que, en líneas generales, representan unidades discretas —si bien en algunos sectores aparecen *outliers*— distribuidas en el paisaje como núcleos más compactos de sitios. Cada uno de estos núcleos tiene una extensión semejante (2.625 km², 2.700 km² y 2.900 km²), dentro de los cuales se emplaza un número semejante de unidades (55, 42 y 42 sitios, respectivamente) (Assandri y Laguens 2003: 33).

Para examinar la estructura interna de cada uno de estos núcleos, se utilizó el análisis del Vecino Más Cercano, procedimiento que permite determinar el grado de regularidad o aleatoriedad en la distribución de puntos en el espacio, así como distinguir la clase predominante de unidades vecinas. Utilizamos para ello el programa NNEIGH (Kintigh 1989). Los resultados mostraron que, dentro de cada núcleo, los sitios tienden a agregarse, sin un orden regular en su distribución, aunque sí con regularidades en las relaciones de vecindad entre cada una de las cuatro clases de sitios y en las distancias medias entre ellos. En los tres agrupamientos existe una covariación entre cada clase de unidad de asentamiento (P, M, G y MG) y la distancia entre ellas (Assandri y Laguens 2003: 36): cuanto más pequeños son los sitios, más cercanos y agrupados se encuentran entre sí, mientras que a mayor tamaño, se encuentran más distantes unos de otros. A su vez, cuanto mayor el tamaño, menor su cantidad y, viceversa, cuanto más pequeños, son más abundantes.

Otro principio de ordenamiento parecería regular las posibilidades de asociación y vecindad entre sitios: los sitios muy grandes (clases MG y MGS) tienden a excluir de su cercanía a los pequeños (clase P) de manera significativa, los que casi nunca aparecen como vecinos de primer orden de los anteriores, sino que siempre existen entre ellos Sitios Medianos (clase M) y grandes (clase G) (Assandri 2001: 63).

Encontramos que dentro de cada núcleo se halla siempre por lo menos un sitio de máximo tamaño, de la clase Muy Grande con Sectores, teniendo por vecinos de primer orden —es decir, los más cercanos— a sitios de tamaño Grande, seguidos luego por sitios de la clase Medianos como vecinos de segundo orden y, finalmente, en tercer orden de vecindad, por sitios Pequeños. Es decir, el grado de vecindad coincide con una jerarquía en la dimensión de los sitios, como si el tamaño, las asociaciones en el espacio y la distancia se combinaran en la construcción cultural y definición de un espacio jerarquizado e internamente diferenciado.

Es llamativa la repetición del mismo patrón en cada uno de los agregados espaciales resultados del análisis *K-means*. Creemos que, dado su ordenamiento, aislamiento mutuo y homología estructural en cuanto a la composición y distribución de las clases de sitios dentro de ellos, es dable considerar que cada uno conformó una gran unidad de asentamiento, posiblemente a la manera de aldeas. Cada una de ellas compartiría un patrón común, respondiendo a iguales reglas de agrupación y segregación, estando internamente jerarquizadas, conformando unidades identificables (Assandri y Laguens 2003: 34). Es muy sugerente pensar que probablemente esta jerarquización espacial respondiera a reglas de diferenciación social, materializadas en una categorización del espacio, y señalada a través del tamaño de los sitios, su segregación mutua y su emplazamiento en el paisaje. Nos preguntamos en qué grado estas aldeas pudieron corresponderse con unidades políticas menores, con cierto grado de autonomía.

4.1. Desigualdad Proporcional

Resulta interesante preguntarse acerca de la magnitud de las diferencias materializadas en el espacio construido y estimar de alguna manera su significación en términos de la heterogeneidad interna de la sociedad.

Calculando la media del tamaño de los sitios de cada categoría y su relación con el total del espacio construido, obtuvimos información cuantitativa sobre el acceso al recurso tierra y estimamos comparativamente la desproporción en su distribución. Esto puede ser tomado como una medida de la desigualdad proporcional dentro de un grupo, en los términos que plantea McGuire (1983: 102).

Hicimos un cuadro para 82 unidades residenciales (Cuadro 1) sobre la base de datos de Assandri (2001: 67), donde se consignan para cada clase de sitio la cantidad de unidades, su representatividad porcentual, la superficie ocupada en metros cuadrados y su porcentaje en relación al total de espacio construido. Se observa con claridad que, mientras la clase de los sitios Muy Grandes con sectores representa casi el 11 por ciento del total de sitios, la superficie que ocupan asciende a algo más del 59 por ciento del total del espacio construido. Ello contrasta con la clase de los Sitios Pequeños, con algo más del 35 por ciento del total de unidades, pero que no llega a ocupar el 4 por ciento del total de la superficie construida. Vemos que existe una distribución diferencial del espacio, en tanto ese 59 por ciento de tierra ocupada se distribuye sólo entre 9 asentamientos, mientras que el 41 por ciento restante se divide entre 73 unidades.

Cuadro 1: Distribución relativa del espacio por clases de sitios

Clases de sitios	Cantidad	Porcentaje	Superficie en m ²	Porcentaje del total	Promedio en m ²
Pequeños	29	35,36	3.033	3,69	104,59
Medianos	23	28,05	8.432	10,28	366,61
Grandes	13	15,85	9.422	11,49	724,77
Muy Grandes	8	9,75	12.647	15,20	1.580,00
Muy Grandes con sectores	9	10,97	48.464	59,10	5.384,89
Total	82	100,00	81.998	100,00	

De manera similar contrasta la superficie promedio ocupada por cada clase (última columna del Cuadro 1), donde el tamaño de los Sitios Grandes es proporcionalmente 51,5 veces mayor que el de los sitios más pequeños (Cuadro 2). Realizando una comparación progresiva, entre una clase y la siguiente, las diferencias no son tan contrastantes, ya que el tamaño se va duplicando o triplicando en la categoría siguiente, aunque sí aumenta considerablemente a medida que los intervalos tomados se hallan más distantes entre sí.

Centrando el análisis en la escala más pequeña del hábitat y considerando cada una de las clases de unidades, nos encontramos con ciertos elementos compartidos de manera general que, en contraste con lo anterior, apuntarían hacia una distribución más homogénea y un acceso indiferenciado de ciertos recursos materiales. Un factor llamativo es que, pese a su disparidad en tamaño, todas las unidades constructivas comparten las mismas variedades de materias primas, de técnicas constructivas y exactamente la misma orientación solar.

Ya vimos que en el caso de los recursos constructivos, tanto materiales como culturales, cualquiera que sea la clase de sitio, todos comparten un repertorio en común. Este repertorio básico, en distintas combinaciones, permitió generar espacios diferenciados más por su tamaño y diseño que por un esfuerzo puesto en distinguirlos a través de materiales o técnicas específicas. La diferencia principal está marcada por la manera en que las mismas técnicas constructivas —como el muro de tapia, las columnas de piedra y las paredes de piedras canteadas y seleccionadas revistiendo muros— fueron combinadas en morfologías diferenciadas y jerarquizadas por la complejidad del diseño arquitectónico, el tamaño y el emplazamiento en lugares seleccionados del paisaje, como zonas elevadas o cercanas al río principal (Caro 2002). A su vez, sea cual fuese la clase de sitio, todos comparten sorprendentemen-

Cuadro 2: Relaciones de proporcionalidad entre el tamaño promedio de cada clase de sitio

	Pequeños	Medianos	Grandes	Muy Grandes	Muy Grandes con sectores
Pequeños	1	3,50	6,92	15,10	51,48
Medianos		1	1,97	4,31	14,68
Grandes			1	2,18	7,43
Muy Grandes				1	3,40
Muy Grandes con sectores					1

te una orientación astronómica global con 4 grados de desviación hacia el Este, como si hubiera una cosmovisión compartida, sin distinción entre las personas o los usuarios de los diferentes espacios construidos.

5. Distribución de bienes cerámicos

La distribución y acceso a la alfarería se aleja de lo que hubiéramos esperado en un contexto social desigual. Hasta ahora no hemos encontrado ninguna variedad alfarera en particular restringida o limitada a una clase específica de asentamiento. Tampoco se han hallado combinaciones particulares de clases cerámicas que señalaran alguna diferenciación de carácter más social que funcional. Por ejemplo, en el sitio Piedras Blancas, tanto un recinto de funciones especiales como otro de cocina y depósito, comparten casi las mismas clases cerámicas, a excepción de algunas pocas asociadas especialmente a ofrendas en el primer recinto, como ciertos tipos rojo liso o uno tricolor pulido, presentes en muy baja cantidad.

Una de las clases cerámicas con distribución generalizada es La Aguada negra incisa (Figura 2). Ésta se distingue del conjunto alfarero por su alto grado de inversión artesanal, la elevada calidad de su manufactura y la iconografía, de notable carga simbólica (Boman y Greslebin 1923, González 1998; Kusch 1991), que podría hacer pensar que era una cerámica especial, de circulación restringida. Sin embargo, su distribución y uso no estaba limitado a un sector en particular de la sociedad sino que, por el contrario, se la encuentra tanto en los asentamientos pequeños como en los grandes sitios residenciales y ceremoniales.

Con el fin de estudiar la distribución y consumo de estos y otros bienes cerámicos en las diferentes clases de sitios, se realizó un diseño de prospección y recolección sistemática de materiales. Se utilizó un muestreo con equiprobabilidad de hallazgo con unidades de recolección de 1 m² en diferentes sectores de los sitios. Se recolectaron muestras en 66 sitios que, por su morfología y contenido, pueden considerarse como del período bajo estudio y relativamente contemporáneos, y se realizó una clasificación sobre la base de la decoración, la pasta y el tratamiento de superficie. Primeramente se decidió trabajar con una muestra de 100 fragmentos por sitio, pero debido al tamaño de la muestra optamos por analizar bajo lupa para el análisis de pastas sólo una submuestra que fuera representativa. Seleccionamos una muestra de 13 sitios y, además, sitios representativos de las diferentes clases, priorizando aquellos con fechados y en los que hemos realizado excavaciones o sondeos.

Hemos resumido la información detallando sólo tres grandes grupos: la alfarería ordinaria, la de estilo Aguada y otras clases (Cuadro 3). La cerámica de estilo Aguada es la característica del Valle, con las clases Aguada Negro inciso y Aguada Negro grabado. La cerámica ordinaria incluye dos clases, lisa y pintada tricolor, mientras que el tercer grupo incluye al resto, pudiendo ser alfarería de estilo Ciénaga inciso o pintado, cerámica pintada, como, por ejemplo, la monocroma rojo pulido, ante liso pulido, blanco y negro sobre rojo pulido. Si bien es muy probable que hubiera diferencias funcionales entre algunas clases de sitios, la presencia de estas

Cuadro 3: Distribución relativa de clases cerámicas

Sitio	Tamaño*	Aguada (%)	Toscas (%)	Otras (%)	Otras clases (cantidad)
Martínez 3	P	3,11	50,06	46,83	25
Martínez 4	P	8,56	54,21	37,23	16
Martínez 1	M	9,41	44,90	45,68	14
Cerco de Palos 069/6	MGS	16,81	38,93	44,26	7
Martínez 2	G	31,03	55,17	13,79	13
Bordo de los Indios 1	MG	39,58	16,66	43,76	8
Bordo de los Indios 6	MG	42,10	21,05	36,85	5
Piedras Blancas	MG	47,22	35,00	17,78	6
Bordo del Kiko	G	53,85	15,38	30,77	7
Bordo de los Indios 4	MGS	56,25	31,25	12,50	2
Bordo de los Indios 2	MGS	67,65	5,88	26,47	7
Cerco de Palos 069/1	MGS	76,32	2,63	21,05	6
Bordo de los Indios 5	MGS	77,77	0,00	22,23	2
Bordo de los Indios 5'	MGS	81,25	0,00	18,75	3
Bordo de los Indios 3	MGS	100,00	0,00	0,00	0

*P: pequeño; M: mediano; G: grande; MG: muy grande; MGS: muy grande con sectores

clases cerámicas en todos ellos, con variedades tecnológicas y formas semejantes, permite suponer los mismos usos generalizados.

En cuanto a los yacimientos, los sitios Martínez representan la clase de Sitios Pequeños (Martínez 4) Medianos (Martínez 1) y Grandes (Martínez 2). Se trata de sitios con recintos cuadrangulares de paredes de tapia y columnas de piedra, combinados a veces con pirca y, según su tamaño, con sectores de recintos, galerías y patio (Assandri 1991; Herrero y Avila 1991; Juez 1991). El sitio Bordo de los Indios se halla en el sector norte del Valle y es un sitio muy grande, caracterizado por un complejo edilicio de plaza y pirámide escalonada, junto con una serie de recintos asociado con planta en U. Allí se realizaron sondeos en la estructura piramidal y recolecciones de superficie en cinco sectores. En el caso de Piedras Blancas, es un sitio grande con sectores (Caro 2002). El sitio Cerco de Palos 069 se presenta como una estructura compleja de varios sectores con construcciones (Assandri 2001; Herrero y Avila 1993), de los cuales analizamos muestras de los sectores 1 y 6.

En una primera lectura del cuadro vemos que, por un lado, en todos los sitios se registra la presencia de los tres grupos cerámicos; por otro, la cantidad representada de cada clase varía de acuerdo al tipo de sitio. En referencia al primer aspecto, hay uniformidad en cuanto a la distribución, más allá del tamaño del sitio. Nos encontramos frente a recursos materiales, indudablemente cargados de simbolismos y significados variados, participando simultáneamente en diferentes contextos sociales y campos de interacción. De este modo, con su distribución generalizada, están actuando como bienes homogeneizantes, en tanto desdibujan las diferencias entre las personas ante la igualdad de derechos o posibilidades de obtención y uso. Es claro que la gente podía acceder al mismo conjunto de bienes alfareros en cualquier

clase de sitio, los que podían ser usados tanto en contextos domésticos o personales, socialmente jerarquizados, así como en contextos públicos o de ostentación, como son los montículos piramidales de los sitios ceremoniales.

Si bien por lo anterior podría pensarse en la existencia de homogeneidad o igualdad en las posibilidades de acceso a las distintas clases de alfarería por parte de la mayoría de la gente, hay dos modos en los que estas clases a su vez marcan diferencias. Por un lado, por su contenido iconográfico y, por otro, en cuanto al volumen acumulado en cada clase de sitio.

En primer lugar, su distribución generalizada adquiere otra dimensión si tenemos en cuenta el discurso del contenido iconográfico del estilo Aguada y del ordinario tricolor (Ambato o Alumbra tricolor). Uno de los mensajes portados apunta a las diferencias entre las personas, señalando y recordando permanentemente la jerarquía y la diferenciación existente entre ellos. Por ejemplo, son típicas y recurrentes las representaciones de jefes o señores sentados —conocido símbolo de status en el mundo andino—, sacerdotes o shamanes, sacrificadores, guerreros, vasos retratos, seres fantásticos, hombres-felinos (Figura 2). A su vez, otro de los mensajes centra la narración alrededor de la violencia, la muerte y de lo salvaje, aspectos estos últimos quizás solamente manejables por gente especializada en el ritual o con prestigio y poder (Haber *et al.* 2000).

En segundo lugar, encontramos que hay desigualdad en cuanto a las cantidades de cada clase cerámica disponibles, de acuerdo con los diferentes tamaños de sitios (Cuadro 3). Mientras que en los sitios más pequeños el porcentaje de cerámica de estilo Aguada no supera el 10%, en los sitios muy grandes se registra una presencia media entre el 60 y el 65%. Es claro que estas diferencias pueden deberse a variaciones en los roles de los sitios en el sistema de asentamiento, o bien a los diferentes sectores de obtención de las muestras dentro de cada sitio. Sin embargo, como dijimos más arriba, en todos los casos se trata de las mismas clases tecnológicas y formas, como los típicos pucos Aguada, vasijas de tres cuerpos negras y grandes urnas toscas tricolores, principalmente. Por consiguiente, aunque hallamos una presencia generalizada de las tres grandes clases cerámicas características en todos los asentamientos, se establecen diferencias entre éstos en cuanto al volumen manejado de estos bienes en cada clase de sitio.

Por su parte, es interesante observar cómo el aumento de la presencia del estilo Aguada va en detrimento de las otras variedades alfareras de manera diferencial. En general, mientras que en los sitios de tamaño menor, con baja presencia de Aguada, la cerámica ordinaria es la primera en orden de abundancia, en la mayoría de los sitios muy grandes pasa a ser la tercera. A su vez, la cantidad de clases intervinientes es menor en estos sitios, como si a medida que se incrementara el tamaño de los asentamientos disminuyera la variedad de clases cerámicas presentes, aunque no necesariamente su cantidad. En todos los casos, las clases componentes del tercer grupo, pese a tener en conjunto un porcentaje de representatividad alto, individualmente tienen porcentajes de presencia muy bajos dentro del conjunto, que promedian el 5% o rara vez alcanzan un 10% cada una. En general corresponden a piezas pequeñas, como pucos, cuencos o vasos zoomorfos, con un grado de elaboración destacado, como pintura, acabados de superficie alisados intensos y pulidos. Vemos

una tendencia general de este grupo a disminuir a medida que crece la presencia de Aguada, tanto en cantidad como en variedad de clases.

6. Las personas y el trabajo

Otra dimensión del registro material que denota la existencia de una división entre las personas es aquella referida al trabajo, particularmente en lo que concierne a dedicación en tiempo y especialización a la producción artesanal.

En un trabajo realizado con anterioridad (Laguens y Juez 2001) intentamos la búsqueda de regularidades en distintos aspectos morfológicos de los pucos de estilo Aguada, suponiendo que en una producción estandarizada habría una tendencia hacia una baja variabilidad y que, inclusive, permitiría descubrir la existencia de un patrón métrico o proporcional entre las partes y volúmenes de las piezas. El análisis consistió en buscar regularidades en atributos morfológicos (diámetro de la base, diámetro de la boca, diámetro máximo del cuerpo, altura de la pieza, altura de las secciones del cuerpo, espesor de las paredes) y en las proporciones de 30 piezas de distintos sitios del Valle. Los resultados obtenidos presentaron un alto índice de homogeneidad, con muy baja variabilidad en todas sus medidas (inclusive hasta en el espesor de las paredes que oscila entre 4 y 5 mm), con una relación constante en lo referido a proporciones del diámetro de la boca, de la base y de la altura de las piezas, como si respondiesen a algún canon de manufactura, regularidades esperables en prácticas estandarizadas (Costin y Hagstrum 1995: 620).

Es decir, encontramos una producción cerámica acotada por pautas muy netas, que no sólo imponían diseños y contenidos en la decoración, sino también limitaciones o normas con respecto a formas y tamaños. Dada la maestría de la producción cerámica, es muy probable que haya requerido de una dedicación significativa de tiempo y una serie de conocimientos específicos, que sólo pudieron haber sido satisfechos por alfareros especializados, al menos de tiempo parcial. Para contrastar esto, realizamos un estudio de la inversión de trabajo en la manufactura cerámica, aspirando a determinar grados de especialización artesanal (Fabra 2005). Utilizamos mediciones de los costos relativos de trabajo invertido en la manufactura de diferentes clases de cerámica, tomando como base la propuesta de Costin y Hagstrum (1995: 621). Para ello se realiza una valorización relativa de los pasos del proceso de producción, en función de la dedicación de tiempo en cada etapa. Se le asignan valores entre 0 y 5 puntos a diferentes secuencias de manufactura (por ejemplo, conformación primaria, acabado de superficie y técnica de decoración). A medida que se necesita mayor dedicación de esfuerzo —y por ende tiempo— para obtener un atributo registrado arqueológicamente (por ejemplo, una motivo decorativo), se anotan valores más altos.

De la comparación de la inversión de trabajo entre la cerámica de estilo Aguada negro inciso y grabado con las clases ordinarias (Fabra 2005), surgió que ambos casos poseían grados de inversión artesanal equiparables, de valores medio-altos. Ello significa que para la manufactura de una pieza de alfarería ordinaria se requería tanta dedicación de trabajo como para realizar una pieza Aguada. Algo lógico si

nos desprendemos de los prejuicios habituales sobre la cerámica ordinaria o tosca, y estimamos la habilidad artesanal, la experiencia acumulada necesaria y el tiempo real de manufactura que implica la fabricación exitosa de una vasija ordinaria de gran tamaño.

Teniendo en cuenta estos resultados, vemos que existió una concentración de esfuerzos en la producción alfarera hacia la fabricación de piezas de alta dedicación artesanal, junto con cánones estandarizados de forma y tamaño, en piezas de uso generalizado en todo el Valle. Creemos que el mantenimiento de una producción tal requirió prácticas artesanales que, dada su dedicación de tiempo, especialización y grado de maestría, debieron establecer diferencias permanentes entre las personas en cuanto a su dedicación laboral, muy probablemente concentrada sólo en ciertos sectores de la sociedad. Al respecto, en un sector de un sitio mediano, Martínez 1, el hallazgo de espátulas de hueso, alisadores, cinceles de metal, cerámica cruda, panes de pintura, planchas de mica y muchos desechos acumulados de cerámica rota, denotan que se trataría de una vivienda de artesanos alfareros (Assandri 1991: 27). Ello hace pensar que esta producción especializada se realizaba en ámbitos de grupos de bajo rango social, siendo, si tenemos en cuenta la cantidad de esta clase de sitios, numéricamente elevada (Assandri 2001). Luego, como vimos más arriba, la producción era distribuida sin distinción social —aunque de manera cuantitativamente diferenciada— tanto entre el común de la gente como entre los grupos de mayor jerarquía, numéricamente minoritarios, en función de la cantidad de sitios residenciales mayores.

La presencia de un fogón para laboreo de metal en un sitio de jerarquía se nos presenta como otro caso de existencia de diferenciaciones sociales basada en el trabajo de la gente. Dentro de un sitio residencial grande con sectores, Piedras Blancas, hemos hallado un fogón de recocido de cobre emplazado en un recinto de características especiales. La estructura de combustión está formada por una consolidación de barro en forma de aro de 70 cm de diámetro, abierta en su extremo sur y de aproximadamente 15 cm de alto, conteniendo tierras quemadas a altas temperaturas, con restos de carbón, algunos de ellos con residuos de cobre. En su base se halló el esqueleto de un camélido neonato y, en sus proximidades, pozos con acumulación de carbón de algarrobo, utilizados como depósitos de combustible (Marconetto 2002b).

Este sector se destaca del resto del sitio por estar sobre-elevado, presentar dos muros revestidos con piedra y un contexto material vinculado con entierros de niños sacrificados y ofrendas. La presencia de esta estructura de combustión alerta sobre la vinculación de esta clase de sitios de gran tamaño, probablemente habitado por un grupo jerarquizado, con una actividad de producción artesanal considerada en general como especializada, sobre todo a partir de los objetos de metal de estilo Aguada conocidos, como pectorales y hachas ceremoniales de bronce hechos con la técnica de la cera perdida (González 1979b, 1998).

7. La economía de recursos

Vimos arriba cómo un recurso material como la cerámica, de distribución y consumo generalizado, actuaba a la par como un bien unificador y diferenciador entre

las personas. El consumo de recursos faunísticos denota un juego equivalente entre la aparente igualdad de acceso al recurso animal, frente a los derechos efectivos de uso y consumo, diferenciados de acuerdo con la posición social.

Los animales de mayor consumo pertenecen al género *Lama* (llama o guanaco), y se encuentran en todas las clases de sitios, como si no hubiera habido limitaciones en las posibilidades de su obtención para toda la gente. No obstante surgen diferencias cuando se analizan las pautas de selección y consumo, ya que éstas se diferencian de acuerdo con las distintas clases de sitios, las partes alimenticias desechadas y los contextos de uso, existiendo una distribución diferencial en función del contenido de carne. En los Sitios Pequeños y Medianos, como Martínez 1 y Martínez 3, los restos corresponden primariamente a los extremos de las patas o a huesos con poca carne, mientras que en los sitios mayores, como Piedras Blancas, se trata de mejores cortes, con abundante masa muscular.

Los animales juegan también un rol adicional en los Sitios Grandes, en cuanto participan en contextos ceremoniales o rituales, demostrando las posibilidades de inversión de un recurso alimenticio en otro campo de interacción. En Piedras Blancas se han hallado esqueletos completos de camélidos neonatos asociados a eventos fundacionales de las estructuras, tales como ofrendas previas a la construcción de un muro o, como ya vimos, debajo del fogón para el recocido de metales, objetos éstos de alto valor económico y simbólico. En el caso del sitio Martínez 2 es recurrente la agrupación de huesos de camélidos con restos óseos humanos fragmentados, descarnados y/o quemados, asociados con vasijas ubicadas alrededor de un fogón o bien en lugares especiales de los recintos (Juez 1991); un contexto análogo fue hallado también en Martínez 4, un sitio vinculado al anterior (Herrero y Ávila 1991). Estas prácticas localizadas en los Sitios Grandes también marcan diferencias entre la gente: mientras aquí los animales serían medios de acumulación de prestigio y capital social, en los sitios más pequeños, por su contexto de hallazgo, eran principalmente un medio de subsistencia, un recurso alimenticio, sin que los hicieran participar en sacrificios u ofrendas, como si se careciera de los recursos económicos y sociales suficientes para ello.

Con respecto a la economía de recursos naturales, el consumo de especies arbóreas presenta dos aspectos interesantes vinculados con la desigualdad social y el acceso a los recursos, tal como surge del análisis de los restos de carbón de las leñas consumidas (Marconetto 2002a, 2002b). Por un lado, en todas las clases de sitios existe una reducción generalizada con respecto a la variedad de especies consumidas en los fogones domésticos, en comparación con el consumo de leña en los sitios del período anterior (Período Formativo, aproximadamente 2000 a.C. al 200 d.C.), donde el consumo de diferentes especies aparece como irrestricto. Esto podría deberse a una merma de especies del bosque por la intensificación en el consumo asociada al crecimiento de la población, pero a la par puede deberse también a un control de los recursos forestales por parte de los grupos de mayor jerarquía o poder, como el caso de Piedras Blancas, donde hay una neta selección de especies para la práctica artesanal metalúrgica, predominando el consumo de algarrobo (*Prosopis sp.*).

Cuadro 4: Distribución relativa de cerámica en excavaciones

Sitio	Tamaño*	Piezas ordinarias			Piezas Aguada	Porcentaje sobre el total
		Vasijas «a» y grandes	Total de ordinarias	Porcentaje sobre el total		
Martínez 4	P	2	6	21,42	22	78,58
Martínez 1	M	4	7	70,00	3	30,00
Martínez 2	G	8	19	70,37	8	29,63
Piedras Blancas	MGS	7	7	20,59	27	79,41

*P: pequeño; M: mediano; G: grande; MGS: muy grande con sectores

Otro elemento significativo al analizar la materialidad de la desigualdad social es la capacidad de acumulación y procesamiento. Para abordarla, analizamos comparativamente la presencia de vasijas utilizadas para almacenamiento de alimentos en sitios de las distintas clases de tamaño. Nos concentraremos en la alfarería ordinaria, caracterizada por acabados de superficie alisados en ambas caras, antiplásticos gruesos, cocción oxidante y paredes gruesas (de 6 a 12 mm), analizada comparativamente en términos de su uso y distribución en los sitios. En el Cuadro 4 se anota la cantidad de piezas remontadas y/o con un alto porcentaje de integridad —ya que no hemos hallado piezas completas— tanto de estilo ordinario como Aguada.

Las piezas ordinarias para almacenamiento incluyen dos clases distintas: unas vasijas de aproximadamente 60 cm de altura y 40 cm de diámetro máximo, lisas o tricolor (de estilo Alumbreira tricolor y Ambato tricolor), con o sin apéndices antropomorfos (urnas «nariz en gancho»), denominadas vasijas de forma «a» (clasificación de Bedano *et al.* 1993), y vasijas grandes, de entre 80 y 100 cm de altura y 60 y 80 cm de diámetro máximo, con o sin recubrimiento interno impermeabilizante. Las piezas ordinarias para procesamiento incluyen vasijas calceiformes, ollas globulares, ollas tetrápodos, que varían entre 1 y 10 litros de capacidad, y platos de hasta 55 cm de diámetro.

Las vasijas tipo «a» y las grandes (columna 3) son las de mayor capacidad de almacenamiento, tanto para sólidos (semillas silvestres y cultivadas) como líquidos. También se las ha utilizado para el procesamiento de chicha (Kriscautzky, com. per.), dada la corrosión que presentan las paredes internas de algunas piezas hasta aproximadamente 2/3 de su altura.

Las vasijas de tipo «a» (Bedano *et al.* 1993) tienen una capacidad estimada de alrededor de 60 litros, mientras que las vasijas grandes entre 250 y 300 litros. Estableciendo una media entre ambos extremos de 165 litros por vasija ordinaria, podemos aproximarnos a la capacidad de almacenamiento medio de cada sitio: 330 litros en el Martínez 4, 660 en el Martínez 1, 1320 litros en Martínez 2 y 1155 litros en las Piedras Blancas. Ya sea para la acumulación de productos cultivados (maíz), recolectados (chañar o algarrobo), o el procesamiento de chicha, las diferencias son totalmente coherentes con las expectativas en una situación de distribución desigual de los recursos.

Encontramos en estos resultados que una misma clase tecnológica, como la cerámica ordinaria, participa diferencialmente en las distintas clases de sitios. Recordemos que las vasijas grandes ordinarias conllevan una alta carga de inversión artesanal en su manufactura, que las asocia a una producción especializada, no alejada de la alfarería Aguada de mayor carga decorativa en cuanto a valores relativos de tiempo y trabajo.

8. Consideraciones finales

Al inicio del trabajo planteábamos como uno de los objetivos a cumplir determinar cuáles eran los factores claves en un caso de diferenciación social y cómo había sido su interacción mutua. En términos de espacio físico, son muy sugerentes las diferencias absolutas observadas entre las distintas clases de sitios en cuanto a su tamaño y la relación inversa con respecto a su cantidad dentro de cada clase, donde el acceso diferencial a la tierra para hábitat surge como un contundente diferenciador entre las personas. A esta diferencia en el derecho a la tierra, debemos adosarle el uso de la arquitectura para marcar y enfatizar aún más las diferencias. Si bien toda la arquitectura comparte los mismos recursos constructivos y materiales, sin diferencias de jerarquías entre los sitios, la forma en que fueron combinados en distintos casos acentúa aún más la desigualdad, denotada ya de por sí en las dimensiones de las construcciones.

Todos estos resultados con respecto al uso del espacio y el paisaje, apoyan el rol de la materialidad del espacio construido como elemento diferenciador. El tamaño de las viviendas, su emplazamiento y segregación en el paisaje debieron haber operado simbólicamente como señales conspicuas de la constante vigencia de principios de distribución desigual y derechos diferenciales entre las personas, a la par de estructurar conductas y relaciones interpersonales. Quizás encontremos pocas cosas materiales en el registro arqueológico que incluyan la participación de todas las personas y que hayan servido para expresar las diferencias sociales de manera tan universal. Aunque el hábitat cotidiano dentro de cada una de las distintas posiciones sociales no haya incluido el del resto, la visibilidad y monumentalidad en el paisaje construido tiene que haber actuado como una constante referencia a un orden establecido y permanentemente tratado de ser mantenido.

En cuanto al rol de los bienes muebles en estos contextos, hallamos que a la cultura material también se la hacía participar de una manera imprecisa en la definición, mantenimiento y reproducción de desigualdades. Vimos que, en tanto en una dimensión supuestamente igualaba, a su vez en otra marcaba diferencias; mientras podía ser compartida sin distinciones, sin restricciones aparentes en cuanto al acceso a clases generales de bienes, a la vez era utilizada de manera diferenciadora. En definitiva, ante una potencial homogeneidad en tanto recurso universal, la misma cultura material mantenía y participaba en la reproducción de desigualdades.

En este sentido, no es sólo el acceso a distintas clases de recursos lo que marcaba diferencias entre las personas, sino también el volumen disponible de esos recursos. Sostenemos que en la inclusión y exclusión entre las personas, además de la

importancia de la variedad y cantidad de bienes acumulados —artefactos muebles y espacio físico— convergen también otras dimensiones, donde lo material participa a su vez bajo diferentes formas de recursos sociales, culturales o simbólicos, también acumulables como capitales, aunque bajo otras formas no económicas (Laguens 2003).

Podemos concluir que las diferencias entre las personas estaban mantenidas principalmente por el volumen de las distintas clases de capitales manejados, bajo distintas formas de recursos, junto con una estructura que establecía una distribución diferencial de distintas especies de capital. Desconocemos cuál especie de capital pudo haber sido la más importante, si es que hubo una dominante, y cuál pudo ser el peso relativo de las otras en dicha estructura. Desde lo arqueológico, el espacio y los contextos construidos podrían concebirse como los de mayor peso en la materialización de la desigualdad social, en tanto simultáneamente son objeto, vehículo, símbolo, escenario y materia de las interacciones entre las personas y su mundo, donde asimismo participan bienes de otra escala.

9. Referencias bibliográficas

ASSANDRI, Susana B.

1991 «Primeros resultados de la excavación en el sitio Martínez 1 (Catamarca, Argentina)». *Publicaciones CIFYH* 46: 53-86.

2001 «Procesos de complejización social y organización espacial en el Valle de Ambato, Catamarca», en *Arqueología Espacial en Iberoamérica*, Arturo Ruiz, ed., pp. 67-92. *Arqueología Espacial*, 23. Teruel: Seminario de Arqueología y Etnología Turolense.

ASSANDRI, Susana y Andrés LAGUENS

2003 «Asentamientos aldeanos Aguada en el Valle de Ambato», en *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Córdoba*, vol. 3, pp. 31-40. Córdoba.

BEDANO, M. C., M. S. JUEZ y M. D. ROCA

1993 *Análisis del material arqueológico de la Colección Rosso procedente del Departamento Ambato, Provincia de Catamarca*. Publicaciones del Instituto de Arqueología, 7 - Serie Tesis y Monografías, 1. Universidad Nacional de Tucumán.

BENDER, Barbara

2002 «Time and landscape». *Current Anthropology* 43: 103-112.

BINFORD, Lewis R.

1982 «Seeing the Present and Interpreting the Past—and Keeping Things Straight», en *Space, Time, and Archaeological Landscapes*, J. Rossignol y L. Wandsnider, eds., pp. 43-64. Nueva York: Plenum Press.

BLANTON, Richard E.

1994 *Houses and households. A comparative study*. Nueva York: Plenum Press.

- BOMAN, Eric y Héctor GRESLEBIN
1923 *Alfarería de estilo draconiano de la región diaguita (República Argentina)*. Buenos Aires: Editorial Ferrari.
- BONNIN, Mirta y Andrés LAGUENS
1997 «Evaluación de series de fechados radiocarbónicos del Valle de Ambato, Catamarca». *Publicaciones de Arqueología CIFFyH* 48: 65-101.
- CALLEGARI, Adriana B., F. CAMPOS, María E. GONALDI y María G. RAVIÑA
2000 «Materialización de la ideología, ceremonialismo y complejidad social. Un caso de estudio: La Cuestecilla (Famatina, La Rioja)». *Publicaciones de Arqueología CIFFyH* 50: 27-50.
- CARO, Mariana
2002 «Desigualdad social y su registro arquitectónico en el sitio arqueológico Piedras Blancas», en *Actas de las III Jornadas de Investigación en Ciencias Sociales*. <http://www.ffyh.unc.edu.ar/secretarias/cyt/jor2002/IIIjor.htm>
- CLARKE, David L. (ed.)
1977 *Spatial Archaeology*. Londres: Academic Press.
- COSTIN, Cathleen L. y Margaret HAGSTRUM
1995 «Standardization, labor investment, skill, and the organization of ceramic production in late prehispanic highland Peru». *American Antiquity* 60: 121-145.
- CRiado BOADO, Felipe
1999 *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje*. CAPA, 6. Santiago de Compostela: Laboratorio de Arqueología da Paisaxe.
- DAWSON, Peter C.
2002 «Space syntax analysis of Central Inuit snow houses». *Journal of Anthropological Archaeology* 21: 464-480.
- DEBENEDETTI, Salvador
1931 *L'ancienne civilization des Barreales*, vol. 2. París: Ars Americana.
- DRENNAN, Robert D. y Christian D. PETERSON
2004 «Comparing archaeological settlement systems with rank-size graphs: a measure of shape and statistical confidence». *Journal of Archaeological Science* 31: 533-549.
- FABRA, Mariana
2005 «Tecnología cerámica y cambio social en sociedades agrícolas prehispanicas (Valle de Ambato, Catamarca)», en *La cultura de la Aguada y sus expresiones regionales*, pp. 1-14. La Rioja: Eudelar.
- FERGUSON, Thomas J.
1996 *Historic Zuni Architecture and Society. An Archaeological Application of Space Syntax*. Tucson: University of Arizona Press.
- GONZÁLEZ, Alberto Rex
1955 «Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N.O. argentino». *Anales de Arqueología y Etnología* 9.
1961-64 «La cultura de La Aguada del NO Argentino». *Revista del Instituto de Antropología* 2-3.

- 1972 «The Felinic Complex in Northwest Argentina», en *The Cult of the Feline*, Elizabeth P. Benson, ed., pp. 117-138. Washington: Dumbarton Oaks.
- 1979a «Dinámica cultural del N.O. Argentino. Evolución histórica en las culturas del N.O. Argentino». *Antiquitas* 28-29: 1-15.
- 1979b «Pre-Columbian metallurgy of northwest Argentina: historical development and cultural process», en *Pre-Columbian metallurgy of South America*, Elizabeth P. Benson, ed., pp. 133-202. Washington: Dumbarton Oaks.
- 1998 *Arte Precolombino. Cultura La Aguada. Arqueología y Diseños*. Buenos Aires: Filmediciones Valero.
- GORDILLO, Inés
- 1994 «Arquitectura y religión en Ambato: organización socio-espacial del ceremonialismo». *Publicaciones Arqueología CIFYH* 47: 55-110.
- GOSDEN, Chris
- 1989 «Prehistoric social landscapes of the Arawe Islands, West New Britain Province, Papua New Guinea». *Archaeology in Oceania* 24: 45-58.
- HABER, Alejandro, Andrés LAGUENS y Mirta BONNIN
- 2000 «Las áreas valliseranas: modalidades narrativas». *Shincal* 6: 59-64.
- HEREDIA, Osvaldo
- 1998 «Investigaciones arqueológicas en el Valle de Ambato». *Estudios* 10: 15-22.
- HERRERO, Rodolfo y Adela AVILA
- 1991 «Excavaciones en la unidad residencial ScatAmb 004 (Martínez 4) del Período de Integración Regional». *Publicaciones Arqueología CIFYH* 46: 111-130.
- 1993 *Aproximación al estudio de los patrones de asentamiento en el Valle de Ambato (Prov. De Catamarca, Argentina)*. Serie Investigaciones, 4. Instituto de Arqueología, Universidad Nacional de Tucumán.
- INGOLD, Tim
- 1993 «The temporality of the landscape». *World Archaeology* 25 (2): 152-174.
- JOHNSON, Gregory
- 1977 «Aspects of regional analysis in archaeology». *Annual Review of Anthropology* 6: 479-508.
- JUEZ, María Sofía
- 1991 «Unidad arqueológica Rodeo Grande, Valle de Ambato: excavación en el sitio Martínez 2». *Publicaciones Arqueología CIFYH* 46: 87-110.
- KINTIGH, Kenneth L.
- 1989 *The Archaeologist's Analytical Toolkit*. Tucson: University of Arizona.
- KRISCAUTZKY, Néstor
- 2000 «Nuevos aportes en la arqueología del Valle de Catamarca». *Shincal* 6: 27-34.
- KRISCAUTZKY, Néstor y José TOGO
- 2000 «Análisis comparativo entre los sitios Aguada del Departamento Pomán y el Valle de Catamarca». *Shincal* 6: 135-140.
- KUSCH, María F.
- 1991 «Forma, diseño y figuración en la cerámica pintada y grabada de La Aguada», en *Arte Rupestre en la Arqueología contemporánea*, M. M. Podestá, M. I. Hernández Llosas y S. Renard de Coquet, eds., pp. . Buenos Aires: Salón Integral

Editora.

LAFONE QUEVEDO, Samuel

1892 «Catálogo descriptivo e ilustrado de las Huacas de Chañar-Yaco». *Revista del Museo de La Plata* 3.

1908 «Tipos de alfarería de la región diaguaita-calchaquí». *Revista del Museo de La Plata* 15.

LAGUENS, Andrés G.

2003 «Continuidad y ruptura en procesos de diferenciación social de comunidades aldeanas del valle de Ambato, Catamarca, Argentina (s. III - X d.C.)». Ponencia presentada en el *51º Congreso Internacional de Americanistas*, Santiago de Chile.

LAGUENS, Andrés G. y Mirta I. BONNIN

2005 «Recursos materiales y desigualdad social en la arqueología de Ambato, Catamarca», en *La cultura de la Aguada y sus expresiones regionales*, pp. 23-34. La Rioja: Eudelar.

LAGUENS, Andrés G. y M. Sofia JUEZ

2001 «Especialización en la manufactura cerámica de pucos Aguada», en *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, vol. 2. Córdoba.

LAGUENS, Andrés G. y José A. PÉREZ GOLLÁN

2000 «Les cultures Tiahuanacu et Aguada: anciennes et nouvelles lectures». *Dossiers d'Archaeologie* 262: 78-85.

MANASSE, B.

2000 «La región pedemontana del sudoeste de la Provincia de Tucumán: Dptos. Alberdi y La Cocha». *Shincal* 6: 141-152.

MARCONETTO, María Bernarda

2002a «Desigualdad y acceso a recursos forestales en poblaciones prehispánicas del valle de Ambato, Catamarca», en *Actas de las III Jornadas de Investigación en Ciencias Sociales*, <http://www.ffyh.unc.edu.ar/secretarias/cyt/jor2002/IIIjor.htm>.

2002b «Analysis of burnt building structures of the Ambato valley (Catamarca, Argentina)», en *Charcoal Analysis. Methodological Approaches, Palaeoecological Results and Wood Uses*, S. Thiebault, ed., pp. 267-271. Oxford: BAR International Series 1063.

MCGUIRE, Randall

1983 «Breaking down cultural complexity: inequality and heterogeneity», en *Advances in Archaeological Method and Theory*, vol. 6, M. B. Schiffer, ed., pp. 91-142. Nueva York: Academic Press.

MOORE, Jerry D.

1996 *Architecture and power in the ancient Andes. The archaeology of public buildings*. Cambridge: Cambridge University Press.

PARSONS, Jeffrey

1971 *Prehistoric Settlement Patterns in the Texcoco Region, México*. Memoirs of Anthropological University of Michigan. N° 3.

PÉREZ GOLLÁN, José Antonio

1991 «La Cultura de la Aguada vista desde el Valle de Ambato». *Publicaciones*

- Arqueología CIFYH* 46: 157-174.
- 1994 «El proceso de integración en el Valle de Ambato: complejidad social y sistemas simbólicos». *Rumitacana* 1 (1).
- 1995 *Los sueños del jaguar: Imágenes de la puna y de la selva argentina*. Santiago de Chile: Museo de Arte Precolombino.
- PÉREZ GOLLÁN, José A., Mirta BONNIN, Andrés LAGUENS, Susana ASSANDRI, Leonor FEDERICI, Mónica GUDEMOS, José HIERLING y Sofía JUEZ
- 2000 «Proyecto arqueológico Ambato: un estado de la cuestión». *Shincal* 6: 115-124.
- PÉREZ GOLLÁN, José A. y Osvaldo R. HEREDIA
- 1987 «Hacia un replanteo de la Cultura de la Aguada». *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12: 161-178.
- SAVAGE, Stephen H. y Steven E. FALCONER
- 2003 «Spatial and statistical inference of Late Bronze Age polities in the Southern Levant». *Bulletin of the American School of Oriental Research* 330: 31-45.
- SEMPÉ, María C.
- 1998 «Contacto cultural en el sitio Aguada Orilla Norte», en *Homenaje Alberto Rex González*, pp. 255-284. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- THOMAS, Julian
- 1993 «The politics of vision and the archaeologies of landscapes», en *Landscapes: Politics and Perspectives*, B. Bender, ed., pp. 19-48. Oxford: Berg.
- UHLE, Max
- 1912 «Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina», en *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas*, vol. 1. Buenos Aires.